

Finalmente, Julio E. Checa Puerta en «Dramaturgas españolas del siglo XXI. Lola Blasco (1983), del ditirambo al rap», señala cómo la dramaturgia española contemporánea apenas adquiere importancia fuera del teatro público y repara, además, en la escasa proporción de mujeres. Sitúa generacionalmente a Lola Blasco junto a otras autoras nacidas alrededor de los 80 (Zo Brinviyer, Blanca Doménech o María Velasco) muy galardonadas en los últimos años. Todas reclaman mayor visibilidad, no se circunscriben al ámbito de lo íntimo, y apuestan por la renovación formal y del lenguaje y por la reformulación de los géneros y un replanteamiento profundo de temas. Como muestra, analiza la obra de Blasco *Paisaje en un prólogo y un acto* (2009).

MARÍA DEL MAR MAÑAS MARTÍNEZ
Instituto del Teatro de Madrid, UCM

Ricardo DOMÉNECH, *El teatro del exilio*, ed. de Fernando Doménech Rico, Madrid, Ediciones Cátedra, 2013, 315 pp.

RICARDO DOMÉNECH (1938-2010) fue una de las figuras fundamentales en la crítica teatral española contemporánea, en concreto desde los inicios de la década de los años sesenta hasta su reciente fallecimiento. Narrador reconocido, estuvo vinculado a diversas revistas culturales españolas, como *Acento Cultural*, publicación oficial de corta existencia y muy comprometida con la renovación formal e ideológica de la cultura española en el tránsito de los años cincuenta a los sesenta, pero, sobre todo, colaborador muy relevante en *Primer Acto* —publicación imprescindible para seguir la historia del teatro contemporáneo español y de la recepción aquí del teatro extranjero— y, en menor medida, en *Cuadernos Hispanoamericanos*. También estuvo relacionado con el mundo universitario norteamericano y desde fines de los años sesenta ejerció como profesor en la madrileña Real Escuela Superior de Arte Dramático (RESAD), de la que fue director en dos ocasiones y en la que fundó la muy solvente revista de creación y crítica teatral *Acotaciones*.

Como crítico estuvo muy atento al teatro que se hacía en España, para el que siempre preconizó caminos —propios o procedentes del extranjero— que lo pusieran al nivel del mejor arte dramático que se hacía en el mundo occidental, aspiración que, por motivos diversos, no siempre era factible conseguir, sobre todo en los años que él conoció del franquismo. Su crítica lo mismo atendía a los estrenos madrileños que se encaminaba hacia el análisis reflexivo propio del ensayo académico,

partiendo en ambos casos de la idea de que el teatro debe aunar la calidad estética con el rigor conceptual o ideológico, que él interpretaba desde un pensamiento progresista. Dicha manera de acercarse a la obra teatral se pone de manifiesto en *El teatro, hoy (Doce crónicas)* (Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1966), en la que ofrece un temprano y muy útil conjunto de estudios sobre el mejor teatro contemporáneo (Brecht, Dürrenmatt, Frisch, Camus o Valle-Inclán), un libro que fue «una ventana abierta al aire libre internacional»¹ o «un soplo de aire fresco en la España franquista»², volumen al que siguieron otros de carácter monográfico como su hoy clásico estudio *El teatro de Buero Vallejo: Una meditación española* (Madrid, Gredos, 1973) o, mucho más recientemente, su análisis de García Lorca, otra de sus devociones teatrales, titulado *García Lorca y la tragedia española* (Madrid, RESAD/Fundamentos, 2006).

Con motivo de su jubilación administrativa sus colegas y amigos de la RESAD organizaron la publicación de un volumen de homenaje, coordinado por el profesor y crítico Fernando Doménech —sin relación familiar con Ricardo— bajo el título *Teatro español. Autores clásicos y modernos. Homenaje a Ricardo Doménech* (Madrid, RESAD/Fundamentos, 2008), en el que colaboraron decenas de personas vinculadas en su mayoría al mundo del teatro, tanto en la vertiente profesional de éste como en la de la creación o la de la crítica académica. Uno de los bloques temáticos en que se divide ese voluminoso libro (más de 500 pp.) se denomina «República y exilio», pues el teatro escrito por autores que vivieron la República y que tuvieron que marchar al exilio interesó a Ricardo Doménech desde la primera mitad de los años sesenta hasta, literalmente, los últimos días de su vida. Precisamente con motivo de su fallecimiento diversos amigos suyos recordaron que Ricardo Doménech estaba trabajando sobre un libro dedicado al teatro del exilio, estudio que ya había contratado con la editorial Cátedra y que es el que pasamos a comentar.

No estamos ante una mera recopilación de artículos, más o menos actualizados, sino ante una especie de síntesis de sus conocimientos sobre el teatro del exilio en la que se nos ofrece una visión panorámica y, en buena medida, detallada de cada autor o tema tratado.

Las especiales y dramáticas circunstancias que acompañaron la redacción del presente volumen —durante una dramática lucha contra el

¹ Manuel AZNAR SOLER, «Homenaje a la memoria de Ricardo Doménech, maestro y amigo», *Estreno*, XXXVI, 1 (Primavera, 2011), pp. 7-11; la cita, en p. 8.

² Ignacio AMESTOY, «El 'mutis' del maestro Ricardo Doménech (1938-1910)», *Estreno*, XXXVII, 2 (Primavera, 2011), pp. 17-23; la cita, en pp. 20-21.

cáncer — explican sus características; de vivir suficiente tiempo su autor, cabe suponer que otra habría sido la versión completa de su trabajo, si bien la ahora editada está próximo a ella. Como indica en el imprescindible «Prólogo del editor» (11-13) Fernando Doménech Rico,

cuando su hija Julia, con la mediación de Ignacio Amestoy, me pidió que revisara todo aquel material para seguir con la tarea de su padre, acepté un poco ingenuamente: al poco tuve que enfrentarme a un maremágnum de papeles de muy diverso tipo, afortunadamente distribuidos en distintas carpetas por Julia, que iban desde capítulos ya redactados con muy pocas correcciones a papelitos de pocos centímetros cuadrados con alguna anotación manuscrita. Y multitud de fotocopias con flechas, tachaduras, rectificaciones, llamadas de atención, indicaciones enigmáticas... Existía, eso sí, un índice que fue la guía de mi trabajo para encontrar un camino que permitiera ordenar aquel océano de palabras (13)

El esforzado editor nos hace saber que solo corrigió algún error evidente en fechas o datos y añade:

He redactado algunos capítulos que estaban apenas esbozados (por ejemplo, el dedicado a «Las vueltas») y he completado los que estaban a medio escribir. He añadido —y utilizado— algunas referencias bibliográficas que Ricardo no llegó a conocer. Pero no me he permitido escribir nada nuevo que no estuviera planeado y anotado de alguna manera por el autor (13).

El resultado es que «no es el mismo libro que hubiera publicado Ricardo Doménech: él habría reescrito, añadido nuevas páginas, eliminado algunas otras. Pero es *su* libro, el que estaba en sus papeles y en su mente cuando le llegó la hora de la muerte» (13), frase esta última que no casa bien con las dos primeras de la cita extensa inmediatamente anterior.

El libro, en el que se estudian solo a autores o textos en castellano, está dividido en quince secciones, cuya simple enumeración indica la variedad de temas relacionados con el teatro del exilio tratados por Ricardo Doménech: «Introducción» (15-29), «El exilio de 1939: de la calamidad a la creatividad» (31-40), «La escena del exilio» (41-54), «Margarita Xirgu» (55- 62), «La literatura dramática» (63-84), «Rafael Alberti» (85-109), «Pedro Salinas» (111-129), «José Bergamín» (131-156), «Alejandro Casona» (157-169), «Max Aub» (171-205), «Otros dramaturgos de la Generación de la República» (207-215), «José Ricardo Morales» (217-240), «Otros dramaturgos de la Generación de 1936» (241-261), «Las vueltas» (263-276) y «Bibliografía» (277-315).

De un modo general y sin olvidarnos de algunas inevitables repeticiones, se puede afirmar que el autor ha dispuesto los capítulos de un modo muy coherente, yendo de lo más general y conceptual a lo más

concreto. Así, comienza con el concepto de exilio y su relación con la literatura española del interior o las circunstancias históricas y políticas que lo rodean. Sigue con la presentación de figuras del mundo del espectáculo teatral que no son dramaturgos, como el gran director Cipriano de Rivas Cherif o los actores, con tratamiento independiente de Margarita Xirgu. Pasa a continuación a presentar y valorar artística e ideológicamente las variadas y desiguales trayectorias de los muchos dramaturgos del exilio: algunos de generaciones anteriores a la del 27 (Grau, María de la O Lejárraga), la práctica totalidad de los dramaturgos clásicos de esta última promoción –gozasen o no de sus preferencias estéticas o artísticas, es decir, ya fuesen Alberti, Aub o Salinas, ya Casona– o fueran solo secundariamente autores de teatro (Luis Cernuda, Sender, María Teresa León o Concha Méndez). Y finaliza sus estudios con dos capítulos que informan de otros muchos y más jóvenes nombres, los de la generación de 1936 (en un capítulo cuya sección «Otros autores» incluye también escritores que en realidad no son de esa generación sino anteriores, como Isaac Pacheco o Luisa Carnés); el primero de estos capítulos sobre la generación del 36 está dedicado en exclusividad a José Ricardo Morales (1915-), «el último dramaturgo del exilio». El interesante capítulo de «Las vueltas» –sobre las fechas de regreso de los exiliados y las variables circunstancias de recuperación en el ámbito teatral español– ya sabemos que en buena medida se debe a Fernando Doménech. Y desconocemos hasta qué punto la útil –y no siempre actualizada– Bibliografía de ediciones teatrales y de estudios críticos sobre los autores exiliados es obra de Ricardo Doménech, aunque, como sabemos, al menos algunas entradas, por ser de fecha posterior a la muerte de éste, se deben forzosamente al editor literario. Pero la larga trayectoria investigadora de Ricardo Doménech sobre el teatro del exilio y su pertenencia al prestigioso grupo de participantes en el proyecto de investigación *Escena y literatura dramática en el exilio republicano de 1939: final (FFI2010-2013)* dirigido por el doctor Manuel Aznar Soler, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, nos llevan a pensar que la participación del editor literario en dicho capítulo haya sido más bien circunstancial.

Como es natural, dada la diversidad y cantidad de autores estudiados, la atención que Ricardo Doménech les presta también es diversa, pero de modo general, podemos decir que siempre responde a un planteamiento básico, que ya aparecía en su *El teatro, hoy*: informar e interpretar, es decir, aportar conocimientos, análisis y juicios desde el punto de vista formal y desde la perspectiva ideológica de las obras de cada autor, sean muchas o pocas, valiosas o de menor calidad. Quien haya

seguido con regularidad la trayectoria del gran crítico no encontrará — ni tenía por qué esperarlas en un libro redactado en los últimos años de su vida — opiniones suyas que se aparten de modo suficientemente significativo de las que fue formulando a lo largo de casi cincuenta años de dedicación al mundo del teatro español del exilio. Así, p. e., nos hallamos con sus tradicionales simpatías estéticas e ideológicas por el teatro de Rafael Alberti o el de Max Aub, en los que fue uno de los mayores y tempranos especialistas, y, también, con su rechazo, con algunas salvedades de orden estético, de la amplia y exitosa carrera de Alejandro Casona.

Tras la lectura de estas intensas páginas, rebosantes de información y de valoraciones, se nos hace evidente una amarga realidad: la escasa presencia en los escenarios profesionales españoles — y creemos que, con alguna salvedad, tampoco en los extranjeros — de los textos dramáticos de nuestros autores del exilio. La abundancia de ediciones de sus obras y de estudios sobre ellas, especialmente en los últimos lustros, y de las que da significativas muestras la Bibliografía final no debe hacernos olvidar aquel vacío o, en el mejor de los casos, la en general tardía y no siempre afortunada representación de tales piezas teatrales, pues los montajes por grupos universitarios u otros no profesionales — en España o en el extranjero — nos parecen claramente insuficientes. Ojalá este libro póstumo de Ricardo Doménech, tan trabajosa y meritoriamente editado por Fernando Doménech, origine dos consecuencias positivas: incentivar nuevos estudios críticos sobre el teatro del exilio y animar a empresarios públicos o privados, a directores y a actores a representar dignamente las numerosas piezas de calidad escritas en el exilio, textos dramáticos que, además y como señala el autor del estudio comentado (23), adoptan muy diversas formas artísticas. Sería el mejor homenaje a un crítico que tanto hizo por un mejor conocimiento del teatro del exilio y, en general, por el teatro español de distintas épocas.

ANTONIO FERNÁNDEZ INSUELA
Universidad de Oviedo